



IGLESIA Y SOCIEDAD

El lenguaje y el silencio, vehículos del encuentro y la creatividad*

Alfonso López Quintás

- ¿Cuál es la función primaria del lenguaje: comunicarnos o crear vínculos?
- ¿Puede haber un lenguaje auténtico sin amor?
- ¿Se opone el lenguaje al silencio?
- ¿Qué tipo de silencio se opone al lenguaje auténtico y qué tipo de lenguaje se opone al silencio auténtico?

En los últimos trabajos hemos visto de cerca que, al optar por el ideal de la unidad, descubrimos el sentido profundo de las principales cualidades de una persona debidamente desarrollada. En éste debemos clarificar uno de los dones más destacados que ostenta: el lenguaje y el silencio auténticos, vistos como vehículos de la creación de unidad y, derivadamente, de los modos diversos de encuentro.

El análisis del encuentro, considerado como una forma modélica de unidad y, por tanto, como el ideal auténtico de nuestra vida, nos abre un horizonte prometedor al revelarnos su riqueza, su inmensa gama de posibilidades. Mas aquí nos asalta una duda. El encuentro es tan fecundo como ambiguo, por ser una experiencia reversible, bidireccional, en la que se ensamblan fecundamente realidades que, por ser “ámbitos” o “realidades abiertas”, también son ambiguas, ya que abarcan cierto campo y no ofrecen una delimitación precisa. ¿Es posible hablar de este tipo de realidades y acontecimientos con un mínimo de precisión? ¿No estamos condenados a movernos en una atmósfera difusa, indelimitada, nebulosa, en la que es imposible captar algo de forma rigurosa y aquilatada? En este momento de perplejidad viene en nuestra ayuda un don prodigioso, que nunca admiraremos y agradeceremos bastante: el lenguaje vinculado fecundamente al silencio.

Conocer el encuentro implica conocer el lenguaje y el silencio y concederles su pleno valor. El hablar y el callar presentan un significado constante y sentidos diversos y cambiantes, según la actitud del que calla y del que habla. Para saber cuáles de estos sentidos son auténticos, debemos conocer de cerca los tipos de lenguaje y de silencio que constituyen el medio en el cual se fundan relaciones de encuentro.

Para vivir de modo intenso y lúcido las diversas formas de encuentro que estamos llamados a instaurar, debemos advertir que el encuentro se expresa en las formas de lenguaje y de silencio que son impulsadas por una actitud de amor. Naturalmente, en el concepto de lenguaje se incluye la imagen, que es de por sí elocuente.

Hay un lenguaje y un silencio auténticos que constituyen el medio en el cual se fundan relaciones de encuentro. Se dan, asimismo, formas inauténticas de silencio y lenguaje que anulan la posibilidad del encuentro.

Ser locuentes es nuestro gran privilegio. Nada más importante que asumirlo con dignidad.

* Las ideas expuestas en este artículo y en los anteriores de la serie son explicadas en la obra Descubrir la grandeza de la vida (Desclée de Brouwe, Bilbao 2009) y en los tres cursos *on line* que ofrece la “Escuela de Pensamiento y Creatividad” (www.escueladepensamientoycreatividad.org).

1. La fecundidad del lenguaje

El lenguaje posee diversas capacidades que juegan un papel decisivo en el desarrollo de la vida humana.

a) El lenguaje es vehículo del encuentro

La función *primaria* del lenguaje es crear vínculos, servir de vehículo al encuentro interpersonal. El lenguaje es un *medio en el cual* pueden gestarse vínculos interpersonales o destruirse. Dicho con amor, el lenguaje insta un campo de convivencia, de intercambio creador, de encuentro. Dicho con odio, el lenguaje disuelve todo vínculo afectivo, imposibilita el encuentro.



Ser locuentes –privilegio del ser humano en todo el inmenso y admirable universo– significa mucho más que tener la capacidad de comunicarnos; implica que venimos de un encuentro amoroso y estamos llamados a crear toda serie de encuentros. En virtud de su proyecto de vida conyugal, abierta al amor mutuo y a la creación de nuevos seres, nuestros padres nos *llamaron* a la existencia, y la tarea básica de nuestra vida es *responder* a ese don con una actitud de *agradecimiento*. Agradecer algo que se nos ha otorgado con magnanimidad significa manifestar que se está a la recíproca en cuanto a crear una relación igualmente generosa. Es un acto eminentemente creativo. Si soy locuente, es porque, para existir, necesito ser llamado, y, para vivir con dignidad personal, debo poder responder de forma creativa – *nivel 2*–.

El hecho de poder ser apelados y responder nos insta desde la primera infancia a movernos en el *nivel 2*, el de las relaciones personales, inspiradas en una actitud de respeto, estima y colaboración. *Ser locuentes* significa mucho más que *poder hablar*; indica que desde antes de nacer estamos inmersos en una trama de ámbitos interrelacionados, en la que debemos configurar nuestra vida de modo activo, creando relaciones y dando lugar a nuevos ámbitos.

De aquí se infiere que el único modo de lenguaje auténtico es el dicho con amor, con voluntad creadora de ámbitos de afecto y mutuo entendimiento. El lenguaje dicho con odio se fagocita a sí mismo; es un antilenguaje. Lo expresó con sorprendente claridad y decisión Ferdinand Ebner en el desamparo provocado por la Primera Guerra Mundial:

«Hay dos hechos, no más, en la vida espiritual; dos hechos que se dan entre el yo y el tú: la 'palabra' y el amor. En ellos radica la salvación del hombre, la liberación de su yo de su autorreclusión. La palabra sin amor: ¡qué abuso del lenguaje es esto! Aquí la palabra lucha contra su propio sentido, se anula espiritualmente a sí misma y pone fin a su propia existencia.» (Das Wort ist der Weg, Herder, Viena 1949, págs. 112, 142).

«La palabra y el amor se implican. Todas las desgracias que ocurren entre los hombres proceden de que éstos rara vez pronuncian la palabra recta. La palabra recta es siempre aquella que pronuncia el amor.» (O. cit., p.151).

A la luz de estos textos, es fácil comprender la gravedad que implica utilizar el lenguaje con fines manipuladores. El manipulador reduce el lenguaje a medio para dominar a las gentes. No lo considera como vehículo y promotor de la creatividad; lo convierte en instrumento de servidumbre. Los seres humanos, al ser víctimas de la manipulación, no sólo somos llevados a error y vemos menguado nuestro poder de pensar, sentir y querer de modo autónomo; nos vemos privados del gran vehículo de la creatividad que es el lenguaje dicho con amor y voluntad creadora de ámbitos de convivencia.



A menudo hablamos con otras personas sin tener nada especial que comunicarnos. Lo hacemos para crear amistad o incrementarla. Encuentro a un antiguo compañero de colegio. Aunque actualmente nuestras vidas apenas tienen nada en común, hablamos largo y tendido. No importa el tema; lo que queremos es reanudar la vieja amistad y avivarla al hilo de una conversación realizada con afecto.

El caso contrario ocurre cuando una persona se aleja afectivamente de otra y se dirige a ella con un lenguaje áspero. Esa forma ruda de manifestarse engendra malquerencia, provoca un mayor alejamiento, acaba despertando a menudo sentimientos de odio.

Como vemos, el lenguaje es ambivalente: puede ser constructivo o destructivo. ¿Son legítimas ambas funciones del lenguaje? ¿Puede ser considerado como verdaderamente humano un lenguaje dicho con animadversión o, incluso, con odio? Interpretar el lenguaje como un medio del que disponemos para realizar arbitrariamente todo tipo de operaciones - crear vínculos o romperlos- responde a una mentalidad utilitarista y posesiva, propia del hombre egoísta. Éste se considera como un ser perfectamente desarrollado que dispone de ciertos poderes y de absoluta “libertad de maniobra” para ejercerlos. Olvida que el desarrollo verdadero de la persona humana se lleva a cabo mediante el ejercicio de la creatividad. Y la creatividad es *dual*, se da en el encuentro del hombre con las realidades circundantes que le ofrecen una serie de posibilidades. En consecuencia, el único modo de lenguaje auténtico es el que sirve de vehículo a la creación de relaciones de encuentro.

Al destruir la posibilidad del encuentro, el lenguaje dicho con odio se autodestruye, anula su sentido primario, va contra su misma esencia. Es un antilenguaje.

b) El lenguaje expresa los ámbitos que se van creando a lo largo de la vida y les da una especial densidad

La palabra delimita las ideas y los sentimientos; les da un contorno preciso. Les otorga un peso especial, un relieve y una densidad que nunca tendrían por sí solos. Un chico y una chica sostienen una relación de trato cordial. Pasa el tiempo, notan que se va creando entre ellos un vínculo de amistad, pero ésta se mantiene, como todo lo germinal, en estado delicuescente. ¿Es amistad de compañeros? ¿Es ya amor de novios? Todo flota en la niebla. Mas he aquí que, en un momento determinado, surge la confesión ansiada: “Te amo”. Con ella todo se aclara, se adensa, se afirma. No se ha añadido nada a lo que ya existía. Tan sólo dos palabras leves: *te amo*. En ellas se encarna nítidamente y se expresa con fuerza cuanto se había ido gestando lentamente durante un tiempo.

Dos personas advierten que entre ellas se está fraguando una malquerencia. Se suceden los gestos de despego, las ausencias injustificadas, las llamadas enigmáticas... Pero se mantiene la convivencia, aunque sea de forma superficial. Mas un día se llega a las palabras y estalla la temida expresión: “Te odio”. *Odiar* significa desear que la realidad odiada no exista, así como el amor implica el deseo de que la persona amada viva sin límite. Al dar expresión al ámbito de odio que se ha ido creando, éste se muestra en toda su crudeza y hace imposible vivir en común.

El poder que tiene el lenguaje de adensar los ámbitos que se crean en la vida humana explica que tantas veces se diga en la vida corriente y en obras literarias: “No me lo digas, pues lo que hace daño es el lenguaje”. Podríamos argüir que lo que daña en verdad es el hecho de que se haya formado entre nosotros un ámbito de odio, no las palabras que lo expresan. Las palabras parecen ser inocuas, un breve sonido que se pierde en el espacio. Pero no es así. Las palabras desaparecen en cuanto a su realidad sonora -*nivel 1*-, pero el ámbito que expresan y encarnan subsiste -*nivel 2*-. Lo que verdaderamente lacera el ánimo no es la gestación más o menos ambigua y oscura de un ámbito de odio, sino la manifestación clara y rotunda que de él hace el lenguaje.



En *La salvaje*, de Jean Anouilh, Teresa está a punto de abandonar a su novio Florent. Éste le dice: «*No te dejaré marchar nunca.*» Teresa replica: «*Sí, Florent, no habrá más remedio... Deberías dejarme subir a mi cuarto sin decirme nada. Irás a trabajar como de costumbre, y esta noche te darás cuenta de que ya no estoy, sin saber en qué momento me fui para que no podamos hablarnos todavía otra vez. Esto es lo que hace más daño: hablar.*» (O. cit., en *Teatro. Piezas negras*, Losada, Buenos Aires ⁴1968, 124; *La sauvaje*, La Table Ronde, París 1958, p. 111). A la inversa, lo que más agrada es oír las palabras que revelan la existencia de un ámbito de amor.

Al descubrir que, merced al lenguaje, podemos dar perfiles definidos a ámbitos de realidad muy difusos, vemos con toda lucidez que una palabra dicha con ánimo creativo puede construir toda una vida, y una palabra pronunciada con intención negativa es capaz de destruir una existencia entera.

c) El lenguaje permite la comunicación

Por su capacidad de dar densidad a los ámbitos de realidad y delimitar las realidades complejas, el lenguaje nos permite comunicarnos con los demás. Piensa, por un momento, en todo lo que implica una ciudad como París en cuanto a historia, arte, vida política, acontecimientos de todo orden... Yo viajo a esa ciudad y quiero comunicártelo. Si tuviera que indicarte todo cuanto abarca, sería tarea inacabable. Pero basta que pronuncie una breve palabra -*París*-, para que tú me entiendas. Si no conoces esa ciudad, este nombre es para ti algo vacío de contenido, pero acota toda una serie de realidades que confluyen en un mismo lugar.

d) El lenguaje otorga dominio

Debido a este poder de adensar los ámbitos y expresarlos de forma precisa, el lenguaje nos da la posibilidad de sentir cierta seguridad ante situaciones indefinidas y preocupantes. Un joven que sufre frecuentes jaquecas se sobresaltó un día al llegar a casa y ver a su mujer, de salud robusta, tumbada en un sillón y con el rostro demudado. “Se me rompen las sienes, me estalla la frente..., estoy malísima”, dijo toda excitada. El marido, muy tranquilo, le contestó: “Lo que tú tienes es un dolor de cabeza”. “¿Cómo? -replicó ella. ¿Esto te pasa a ti cuándo dices que tienes jaqueca?” “Claro, querida”, respondió el marido. “¡Ah, entonces nada!”, agregó ella, al tiempo que se alzaba ágilmente del sillón y se ponía a trajar en la casa como de costumbre. El lenguaje, al dar nombre, define los fenómenos, permite sobrevolarlos y entenderlos, y, de esa forma, dominarlos en buena medida.



e) El lenguaje auténtico es fuente de sentido

De los análisis anteriores se desprende una idea de la mayor importancia: *No podemos hacer uso del lenguaje como si fuera algo del todo hecho*. Eso es posible con un utensilio. Un martillo está ya hecho de una vez por todas. Podemos utilizarlo para los fines a que está destinado sin preocuparnos más que de la eficacia. Pero el lenguaje no es un objeto del todo configurado y listo para ser utilizado como medio de comunicación. El lenguaje es una realidad viva, y pide que nos relacionemos con él de modo creador, haciendo juego con las realidades a que alude. Entonces, el lenguaje se convierte en *fuentes de sentido*.

Tomemos varias palabras bien conocidas: *cumbres, en, todas, las, hay, reposo*. Goethe, el gran poeta alemán, vincula estas palabras y crea un *campo de iluminación* del sentido que tienen los momentos cumbre de la existencia: “Auf allen Gipfeln ist Ruh” (En todas las cumbres hay reposo). Estas palabras no son mero *medio para* decir algo; son el *lugar viviente en el cual* se alumbró un sentido. Media un abismo entre *ser medio para* y *ser medio en*. Lo expresó admirablemente el gran filósofo Karl Jaspers en su magna obra sobre la verdad: «*Palabras y frases no son meros signos de cosas, sino expresión de procesos, recuerdo y suscitación de los mismos; hacen surgir algo que sólo con ellas y a través de ellas existe.*» (*Von der Wahrheit*, Piper, Munich 1947, p. 104).

El lenguaje debe ser usado con cautela y entusiasmo a la par. *Con cautela*, para dar a cada vocablo, en cada contexto, el sentido que en él adquiere. *Con entusiasmo*, debido a la seguridad de que el lenguaje humano tiene una capacidad expresiva proporcional al grado de creatividad del hombre que piensa y habla. Cuando pensamos y hablamos de forma rutinaria, sin crear sentidos nuevos, repitiendo clisés estereotipados, el lenguaje se torna banal, pobre, inexpressivo. A medida que nuestro pensamiento y nuestra expresión dejan de ser rutinarios y utilitaristas y se vuelven creadores, nuestro lenguaje aumenta su capacidad de alumbrar sentidos nuevos.

Lean a un gran literato o a un gran filósofo. Sus palabras son comunes, pero la trama que ellas forman nos eleva a mundos inéditos, nos revela paisajes desconocidos de verdad y belleza. El lenguaje no sirve sólo para comunicar algo ya sabido; está llamado, sobre todo, a

dar cuerpo expresivo a formas de realidad *originarias*, que sorprenden al que las descubre. El lenguaje es algo vivo y se desarrolla en relación creadora, reversible, con los “poetas”, los creadores de tramas de lenguaje. Por eso los grandes literatos y artistas, a medida que progresan en madurez, adelgazan más y más el lenguaje y lo hacen desbordar de sentido. Todos recordamos con emoción el lenguaje quintaesenciado de las últimas obras para órgano de Bach, los motetes del Mozart maduro, los cuartetos del tercer período de Beethoven. El lenguaje de estas obras expresa de forma transparente diversos mundos densísimos de contenido.

2. El lenguaje y el silencio se implican y potencian mutuamente

El lenguaje actúa como vehículo de la creatividad –es decir, como medio en el cual se crean modos valiosos de unidad- *si es acogedor*. El ámbito humano de acogimiento es el *silencio*. El silencio verdadero no es la mera falta de palabras; es la *atención simultánea* a las realidades que confluyen en un determinado momento. Este tipo de silencio va unido con el *recogimiento* y el *sobrecogimiento*. Yo no me recojo para quedarme a solas, en la torre de mi egoísmo, sino para dejarme sobrecoger por lo valioso. Leo un pensamiento profundo y me mantengo en silencio para ofrecerle un campo de resonancia adecuado, en el que pueda dar de sí toda su riqueza. Esta riqueza me sobrecoge gracias al recogimiento que guardo.



Subo a una cumbre, y la contemplo en silencio. Me dicen tantas cosas la cadena de montañas que se extiende ante mi vista, los valles que yacen al fondo, las brumas que ensamblan unos riscos con otros, el aire delgado que me azota el rostro... que debo acogerlo todo en silencio. Hablar en este momento no haría sino dispersar la atención, dividirla en una serie de puntos más o menos inconexos. El silencio acoge y aúna, ve en bloque, instaura unidad, capta el sentido global de un acontecimiento múltiple.

El silencio auténtico implica una actitud de atención a las realidades complejas, que son *tramas de relaciones*. Las muchas palabras pueden distraer nuestra atención. Al guardar silencio podemos atender, al mismo tiempo, a diversos aspectos de la realidad y captar, así, la riqueza de las realidades y los acontecimientos que no están delimitados como los objetos –*nivel 1*- antes abarcan mucho campo por estar abiertos a otros acontecimientos y realidades –*nivel 2*- y a los más altos valores (*nivel 3*).

Cuando una palabra es pronunciada desde el silencio, expresa mucho más de lo que dice; sugiere todas las relaciones que implica la realidad aludida. Pronuncio las palabras “pan”, “vino”, “ermita”... con recogimiento interior, y no aludo a meros objetos sino a realidades que son fruto de una serie de interrelaciones, como vimos en el trabajo anterior sobre la importancia del *pensamiento relacional*. El silencio permite dar a las palabras todo su relieve. Por esta decisiva razón, las “palabras silenciosas” –palabras que vienen del recogimiento, de la atención simultánea a lo múltiple- forman la base de la comunicación

humana auténtica. Al hablar así, unidos a toda la trama de ámbitos que forma nuestro verdadero entorno personal, creamos un *espacio de enriquecimiento* para nosotros y para quien nos oye. Porque, en ese caso, conversar no es sólo intercambiar palabras; es participar de una trama de ámbitos desbordante de posibilidades.

Frente a este modo de silencio constructivo se halla el *silencio de mudez*, propio de quien se calla porque rehuye crear relaciones personales –*nivel 1*– y se expone a caer en niveles inferiores¹. En la película de Ingmar Bergman *El silencio*, un joven y una joven sostienen



relaciones íntimas pero no pueden hablarse por no tener una lengua común. En un momento de intimidad, la joven le dice al amigo con tono de satisfacción: “¡Qué bonito es el que no podemos entendernos!” ¿Se hubiera sentido alegre esta jovencita si tuviera una idea clara de la actitud que implica ese tipo de silencio y de los daños que puede acarrearle? Pensar que su reacción responde sólo a una excentricidad inocua supone una ceguera espiritual harto peligrosa. Así como el silencio

constructivo –el mejor colaborador de la palabra auténtica– va unido fecundamente con el recogimiento y el sobrecogimiento, el silencio de mudez se alía con la actitud de *disipación*, el “divertissement” fustigado con agudeza por Blas Pascal. Se disipa y pierde el que se entrega a las realidades *superficiales*. Se concentra y gana su plena identidad el que entra en relación de encuentro con lo *profundo y valioso*. Esa relación se da en el ámbito creado por un modo de lenguaje que va unido con el silencio.

El lenguaje y el silencio auténticos –vistos como el medio en el que se instauran ámbitos de interrelación personal– son el vehículo por excelencia de la creatividad humana. De ahí que, si hace quiebra el lenguaje y el silencio que lo arropa, hace quiebra la creatividad. Para fundar sobre bases sólidas la teoría de la acción creadora del hombre, debemos elaborar una *ética del lenguaje y del silencio*. A su luz podremos defendernos de la manipulación, ganar una verdadera libertad interior y ejercitar la capacidad creadora en todos los órdenes.

La palabra auténtica y el silencio auténtico se “contrastan”; no se “oponen”

El esquema “palabra-silencio” ¿constituye un *dilema* o un *contraste*? El dilema desgarrar, opone; el contraste distingue los términos, pero deja abierta la posibilidad de que se unan fecundamente². Un conferenciante planteó a sus oyentes esta pregunta: ¿A quién le conceden ustedes la primacía: a la palabra o al silencio? Unos se decidieron por el silencio, otros por la palabra. A continuación, el conferenciante les dijo: “Mucho me temo que se han equivocado todos, pues el silencio y la palabra, cuando son auténticos, no se oponen; se complementan, se exigen, se enriquecen. La respuesta exacta hubiera sido: no se puede hablar aquí de primacía. Si son bien entendidos, el silencio y la palabra tienen el mismo rango”.

¹ Una descripción de los ocho niveles de realidad –cuatro positivos y cuatro negativos– puede verse en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2009, págs. 93-133.

² Sobre la diferencia de dilema –contradicción, oposición– y contraste puede verse la obra de Romano Guardini *El contraste*, BAC, Madrid 1996. Versión original: *Der Gegensatz*, Grünewald, Maguncia 1985.

Es arriesgado no aquilatar debidamente los conceptos a la hora de escoger. Si, al oír la palabra “silencio”, pienso sólo en el “silencio de mudez” -el silencio que guarda el que no tiene nada que decir o el que se niega a hablar para no crear vínculos-, hago bien en preferir la palabra al silencio. Sucede lo mismo cuando entiendo por “palabra” la mera cháchara -el lenguaje superficial que es mera comunicación incomprometida y puro pasatiempo- y concedo más valor al silencio. Pero llamemos “palabra” al lenguaje que es vehículo de la creatividad, que funda lazos de convivencia, de unidad profunda, y denominemos “silencio” al campo de resonancia de la palabra, espacio en el que las palabras ganan todo su poder de vibración, de interpelación y enriquecimiento mutuo. Veremos cómo la palabra y el silencio se complementan y exigen mutuamente. «Hay en el hombre un modo de silencio -escribe F. Ebner- que es verdaderamente un “silencio en palabras”». «Toda palabra auténtica que el hombre pronuncia -y, sobre todo, la palabra del verdadero poeta- brota de este silencio y vive de él.» (Wort und Liebe, Regensburg 1935, p. 239).

Algo semejante sucede con la materia y la forma. Toda materia pide una forma determinada. Toda forma exige ser expresada en una materia precisa. “Materia y forma”, “silencio y palabra” no constituyen *dilemas* sino *contrastos*. Son aspectos distintos de la realidad, que, lejos de oponerse, se exigen mutuamente. Se cuenta que Miguel Ángel solía decirle a Victoria Colonna: “Te quiero como la materia a la forma”. Hubiera podido también decirle: “Te quiero como la palabra al silencio”.

3. Silencio y recogimiento

Para actuar creativamente en la vida, conviene descubrir la necesidad de vincular la palabra y el silencio. Si queremos captar los mensajes *profundos*, debemos *recogernos*. Romano Guardini, el gran pedagogo italoalemán, solía recomendarnos en la universidad de Munich a los alumnos que, cuando fuéramos a oír un concierto o ver una obra de teatro, procurásemos llegar pronto a fin de ganar sosiego espiritual y poder de concentración. El recogimiento dispone para el *sobrecogimiento*, para dejarse afectar por los valores que ostentan las obras que se van a oír.

Pero también, después de oírlas, conviene no dispersar la atención oyendo inmediatamente otras obras. Es muy recomendable dejar que cada obra oída resuene en nuestro interior, y oírla toda en conjunto, y sentir cómo cada una de sus partes vibra con las demás y todas ellas se potencian mutuamente. De esta forma oía el gran Mozart la música. En carta a su padre Leopoldo, manifiesta que, al terminar de componer una obra, la oía toda en bloque, en su plenitud de implicaciones. “... Lo oigo, por así decir, todo al mismo tiempo. Esto es lo mejor. ¡Es un banquete!”. (“Auszüge aus Mozartsbriefen”, en *Das Musikleben*, Maguncia I, 1948). Esta forma de oír conjuntamente pide una gran concentración, un profundo silencio, visto como la actitud de atención global a diversos aspectos de la realidad.

4. El lenguaje es el vehículo expresivo de los conceptos

Con frecuencia se alumbra en nuestra mente una idea y no acertamos a darle la expresión adecuada. Ésta se halla borrosa, indelimitada, imprecisa, y por ello sentimos desazón hasta que logramos expresarla adecuadamente. El lenguaje tiene un poder especial para conferir densidad a lo ambiguo y expresar de forma nítida lo que en el pensamiento todavía se halla en estado delicuescente. Recordemos cuántas veces nos ha sucedido esto en la vida diaria y cobraremos un alto aprecio del lenguaje.

5. El miedo al lenguaje

Si uno quiere moverse sólo en el *nivel 1*, rehuye el lenguaje auténtico, que lleva siempre consigo un impulso hacia la creación de ámbitos.

En la película *El último tango en París*, de B. Bertolucci, una joven (María Schneider) sostiene relaciones íntimas con un hombre ya maduro (Marlon Brando), y un día quiere saber su nombre propio. Entonces se establece entre los dos un diálogo sumamente expresivo del que se desprende el inmenso poder creador que alberga el lenguaje cuando se lo vive con amor y la aversión que despierta el lenguaje auténtico en quien vive encapsulado en su egoísmo.

La protagonista (M). *No sé cómo te llamas.*

El protagonista (H). *¡No tengo nombre!*

M. *¿Quieres saber el mío?*

H. *¡No, no! ¡No me lo digas! No quiero saber tu nombre. Tú no tienes nombre y yo tampoco. No hay nombres. Aquí no tenemos nombre.*

M. *¡Estás loco!*

H. *Es posible que lo esté, pero no quiero saber nada de ti. No quiero saber dónde vives ni de dónde eres. No quiero saber absolutamente nada de nada. ¿Has comprendido?*

M. *¡Me asustas!*

H. *¡Nada! Tú y yo nos encontraremos aquí, sin saber nada de lo que nos ocurra fuera. ¿De acuerdo?*

M. *Pero, ¿por qué?*

H. *Pues porque aquí no hace falta saber nombres. No es necesario. ¿No lo comprendes? Venimos a olvidar. A olvidar todas las cosas, absolutamente todas. Olvidaremos a las personas, lo que sabemos, todo lo que hemos hecho. Vamos a olvidar dónde vivimos, a olvidarlo todo.*

M. *Yo no podré. ¿Tú sí?*

H. *No lo sé. ¿Tienes miedo?*

M. *No.*

Si quiere el lector descubrir el poder formativo de este amargo diálogo, intente captar los niveles de realidad y de conducta en que se mueven los dos protagonistas. Ello le permitirá dar cumplida respuesta a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué significa la afirmación, por parte de una persona, de que *no tiene nombre*?
2. ¿Por qué le parece a María que su compañero *está loco*?
3. El no querer saber nada de la persona cuya intimidad corpórea comparte ¿en qué nivel de realidad y de conducta se da?
4. ¿Por qué se asusta María?
5. ¿De qué tipo de olvido se trata? ¿Es una actividad creativa? ¿En qué nivel acontece? ■

EL AUTOR

Alfonso López Quintás es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. (www.escueladepensamientoycreatividad.org).